

PONENCIA

El exilio cultural visto por los narradores actuales

Buenas tardes.

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a nuestra Asociación Colegial de Escritores de España y a la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca la invitación recibida para participar en este Congreso sobre la Memoria Histórica, en el que pretendemos mostrar nuestro reconocimiento y gratitud a cuantos intelectuales españoles tuvieron que continuar su labor creadora desde el exilio, empobreciendo con su marcha forzosa a nuestro país, pero engrandeciendo con su trabajo y ejemplo la cultura universal.

Quede, pues, en estas palabras iniciales mi gratitud a los organizadores y reconocimiento a quienes reivindicamos, expresando de paso que son esenciales encuentros como éste y, más que esenciales, diría que necesarios, justos y demasiado escasos, por cierto. Bienvenida sea, así, esta celebración.

Aunque empezaré por decir que mirar en la distancia cuesta cada vez más esfuerzo porque el tiempo va tejiendo un velo que nubla la visión y sustrae esa nitidez con que nos deberían embriagar los ejemplos admirables. Pero no quiero dejar de añadir que cuando ese mismo tiempo, en lugar de nublar, deslumbra, en el estado de ceguera puede suceder que se produzca un fenómeno

tan perverso como la propia ausencia de nitidez: me refiero a la idealización.

Por eso, desde un horizonte de setenta años, aun alumbrado por la memoria histórica y fraguado con aleaciones de lecturas, narraciones, estudios y curiosidad, yo debo confesar que el exilio cultural español consiguiente al momento de la frustración se me presenta, personalmente, como una aventura heroica de la que, con franqueza, no obtengo grandes conclusiones. Puede que sea porque, en realidad, vivimos tiempos de ignorancia y desprecio en los que ni siquiera los grandes ejemplos son valorados. Y porque mirar atrás y rebuscar en la historia es un ejercicio en el que apenas nadie se detiene. Murió Dios a mano de Nietche; murió Marx a manos de muchos marxistas; murió Mao a manos del capitalismo de Estado y murieron nuestros maestros a manos del olvido. Ya no quedan maestros porque nadie quiere ser discípulo; ya no quedan ejemplos porque ya no hay quien los siga; ya no quedan puntos de referencia intelectual porque los cinco últimos, habitantes de un mundo en transformación, se han quedado en el camino como retratos de biblioteca o materia de eruditos que buscan sacar una plaza de titular en cualquier Universidad. Ni Norberto Bobbio, ni Tierno Galván, ni Chomski, ni Poulantzas, ni Sangor son hoy algo más que un referente para estudiosos bienintencionados cuando no para minorías depauperadas y, en algunas ocasiones, mezquinas. Desde esta perspectiva pesimista, ¿quién puede hoy en día, con afán de ser escuchado, levantar la voz para invocar los nombres de quienes no se rindieron al

fascismo y buscaron en el exilio conservar eso tan difícil de entender en nuestros días como es la dignidad?

Los españoles somos hijos de la “Tercera Decepción”, y en esa realidad sucumbieron también quienes, desde el otro lado del mar o de la frontera pirenaica esperaron ser liberados alguna vez. La Primera Decepción fue la que sufrieron al comprobar que la democracia republicana no contaba con el apoyo de las democracias decentes, o no tan decentes, de Europa y del norte de América en la Guerra Civil de 1939. Sin su ayuda, la libertad no pudo sobrevivir y la historia les mostró implacable el camino del exilio. La Segunda Decepción les hirió cuando, acabada la Segunda Guerra Mundial con la victoria de los aliados sobre el fascismo, las democracias decentes, o no tan decentes, permitieron la permanencia del franquismo en España y por ello el régimen dictatorial continuó su saca de encarcelamientos y penas de muerte, *in praesentiam* o dictadas “en rebeldía”. Y la Tercera Decepción los mató cuando, tras el bloqueo formal de la ONU a España, se levantó la farsa y Estados Unidos envió su primer embajador a Madrid, y tras él se normalizó el reconocimiento mundial, con mínimas excepciones, a la Dictadura.

Puede que cupiera hablar de una Cuarta Decepción, la resultante de la generosidad de los españoles con la amnistía general de 1977, pero aún no estoy seguro de incorporarla a mi decepción personal. Tiempo habrá.

Todo ello me conduce a opinar que, desde la perspectiva de nosotros, los creadores actuales, retrotraerse al exilio cultural español de 1939 es un ejercicio meramente formal que, además de intrascendente para muchos, no es compartido por la sociedad en que vivimos. Y no me extraña: si en este momento social se desconocen por completo los méritos de Lao Tsé, Aristóteles, Justiniano, Abderraman III, Santo Tomás, Galileo, Newton, Hegel y tantos otros, ¿cómo explicar la necesidad del reconocimiento al institucionalista Luis Santullano, al europeísta Salvador de Madariaga o al maestro Max Aub? Y sin embargo es una obligación moral hacerlo, y por eso estamos aquí. Porque no hacerlo, a mi juicio, sería participar de una indecencia de la que ninguno queremos formar parte.

En este sentido, también habría que decir que, además de políticos y de otra mucha gente anónima, una buena parte de los exiliados pertenecían a la España del saber en su más amplia concepción, personajes instruidos y reflexivos, sólidos trabajadores de los mundos de la Ciencia, la Técnica, el Derecho y el Pensamiento, muchos de los cuales han sido injustamente olvidados a cambio de ser reconocidos, con todo merecimiento por supuesto, a los autores literarios, llámense León Felipe, Ramón J. Sender, Jorge Guillén, Luis Cernuda, María Zambrano, Juan Ramón Jiménez, María Teresa León, Antonio Machado, Manuel Andujar o José Bergamín. Pero son también esos otros miembros de la ciencia y cultivadores de la inteligencia quienes dieron cuerpo a lo que se llamó “la edad de plata” española en el primer

tercio del siglo XX y que, de no haberse interrumpido por el drama y el exilio, habrían construido una España que luego se tardó en recomponer medio siglo y que, me atrevería a aventurar, sin el fundamento que ellos proponían. La consecuencia de todo ello es conocida: el empobrecimiento cultural de la España del interior, mermado su desarrollo por esa extensa sangría, y por la autarquía económica, intelectual y científica impuesta por el franquismo.

Por ello avanzaba que es necesario mantener reuniones como esta y celebrar esta clase de Congresos. Porque hay que combatir el olvido; porque hay que proponer la recuperación de la memoria; porque hay que reparar injusticias y porque hay que evidenciar lo que significa el concepto de pérdida. Y porque poco se ha hecho para recuperar ese imprescindible legado que enriqueció a otros países, sobre todo a México, y empobreció a España de manera radical. La verdad es que, exceptuando unas pocas contribuciones en aspectos muy concretos del exilio y sus consecuencias, no se ha elaborado algo que parece esencial: un archivo documental que recoja y conserve las aportaciones de nuestros trasterrados en todos los campos, ya sea la ciencia, la literatura o la ingeniería, en fin, una especie de nomenclator de la España que fue expulsada.”

Debería hacerse. Como también deberíamos preguntarnos a nosotros mismos por nuestra responsabilidad personal. Porque la pregunta esencial que yo me he hecho antes de venir aquí es en qué y de qué manera están presente en mi obra literaria las aportaciones de los exiliados españoles de hace 70 años. Y he de confesar que, sin pensarlo, la primera respuesta que me ha

asaltado ha sido “en nada”. Algo así como si, ensimismado en mi propia creación, sintiera que el legado histórico no tiene presencia alguna mientras trabajo en lo mío.

Naturalmente sé que no es verdad y de inmediato he buscado esas influencias para ajustar en qué y de qué modo siento ese peso de saber a la hora de expresarme. Sé que todos somos el resultado de nuestra biografía. Sé que el pensamiento, por muy innovador que se nos antoje, es la resultante de dos o más ideas anteriores que conforman un pensamiento distinto y nuevo. Sé que cuanto sabemos es la suma de vidas, lecturas, viajes y conversaciones escuchadas o participadas. Sé, en definitiva, que sin una pauta cultural no sabríamos integrarnos ni podríamos formar parte de una comunidad civilizada. Y sé, en consecuencia, que aunque la vanidad incite a responder que nada ni nadie nos influye al crear, no podríamos hacerlo sin ese bagaje de conocimientos y aprendizajes que no reconocemos porque se han almacenado en nuestro subconsciente o más allá, en el inconsciente.

Las generaciones más jóvenes creen, en su fuero interno, que no deben nada a nadie, aunque dicen lo contrario porque citando nombres y referencias sacan lustre a su todavía incompleta existencia. Nosotros, al menos en mi generación intermedia (o Generación del 82 como me gusta definirla), hemos descubierto que debemos lo que somos a demasiada gente, de modo que es tan grande nuestra deuda (desde la contraída con Grecia a la heredada de la postmodernidad, y puede que más allá y más acá), que preferimos no echar cuentas porque, de hacerlo, nos

quedaríamos en los huesos. Y en concreto al exilio, al saber que creció fuera de España, no estoy seguro de deberle más que a Sócrates, Cicerón, Shakespeare, Dostoievski o Pérez Galdós. O que a Lewis Carroll y a García Márquez, por no viajar tan lejos. Y a Mozart, Goya, Beethoven, Van Gogh, Bacon, Eiffel, Robert Capa, Picasso, los Beatles, etc, etc. Estudiamos a la Generación del 98, nos enamoramos de la del 27 y nos reconocimos en la de las décadas del 40 y del 50, de los autores que tanto nos dieron, pero la deuda de nuestro saber es tan global que yo no acierto a poner precio justo a las cuentas con los trasterrados.

Pero, incluso expresándome con esta sinceridad, no puedo dejar de reivindicar el derecho que tenemos a cumplir con nuestro deber. Y ese deber, en estos momentos, es rescatar del olvido a los olvidados, pedir justicia para los tratados con injusticia y aportar a la historia una queja intelectual por la indecencia del silencio, reclamando una reparación inmediata, aun sabiendo que es inevitable que llegará el día en que la Historia de la Cultura ponga a cada cual donde se merece, sin atender a las pequeñeces de la mezquindad, a la sinrazón del resentimiento ni a la inmutable perversidad de los amos del mundo.

Muchas gracias.